

DEL NOMBRE ÁRABE Y SUS MISTERIOS

ESPECULACIONES Y CREENCIAS SOBRE LAS PROPIEDADES AUGURALES DE LA ONOMÁSTICA ÁRABE

PEDRO BUENDÍA
Universidad de Salamanca

La controversia cultural en torno al origen de los primitivos nombres árabes

Nomen est omen. La creencia en “el poder de las palabras” fue en la antigüedad algo más que una simple metáfora redentora. Desde el verbo de Isis “que hace revivir a los muertos” a la terrible imprecación de Oseas “los mataré con las palabras de mi boca”,¹ la literatura antigua arroja multitud de ejemplos de cómo los antepasados entendían la realidad del verbo como cosa tangible y contingente; y que existía un vínculo directo, causal, casi físico, entre la cosa nombrada y su palabra.² J. G. Frazer dedicó célebres páginas a ilustrar esta creencia en las propiedades mágicas de los nombres, en el temor a pronunciarlos o escribirlos, en las consecuencias venturosas o funestas de su uso.³

Los árabes no fueron ajenos a esta preocupación por los efectos materiales y palpables de su onomástica. En el siglo IX, el gran sofista de Basora ‘Amr b. Baḥr al-Īḥiz se preguntaba en su *Kitāb al-tarbī‘ wa l-tadwīr* por qué los beduinos de la

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 23 de febrero de 2009 y aceptado para su publicación el 21 de abril de 2009.

¹ Oseas 6:5.

² Cfr. multitud de ejemplos en G. Contenau, “De la valeur du nom chez les babyloniens et de quelques-unes de ses conséquences”, *Revue de l'Histoire des Religions*, núm. 81, pp. 316-332.

³ J. G. Frazer, *La rama dorada*, pp. 290 y ss.

antigua Arabia habían sido capaces de usar nombres con sentidos netamente opuestos, alternando lo agradable con lo des-templado:

Si es cierto que los hombres se han llamado *Ceñudo* [*‘Ābis*], *Capotudo* [*‘Abbās*], *Torvo* [*Šatīm*], *Hosco* [*Kālib*], *Cejijunto* [*Qātīb*], *Guerra* [*Harb*], *Amargo* [*Murra*], *Peñasco* [*Šajr*], *Coloquintida* [*Hanzāla*], *Tristeza* [*Huzn*], *Prohibido* [*Huŷr*], *Mono* [*Qird*] o *Cerdo* [*Jinzīr*], también es verdad que se han llamado *Riente* [*Dabbāk*], *Chancero* [*Battāl*], *Sonriente* [*Bassām*], *Bromista* [*Hazzāl*] o *Viyrtal* [*Našīt*].⁴

Un criterio tan dispar a la hora de elegir los nombres propios llamó pronto la atención de gramáticos y lexicógrafos. La célebre explicación del poeta al-‘Utbi (siglo ix) relatada por Ibn Durayd pudo aclarar pronto la perplejidad con que muchos musulmanes no árabes contemplaban los nombres usados por sus patronos:

Le preguntaron a al-‘Utbi: “¿Por qué razón los árabes llaman a sus hijos con nombres desagradables, y a sus esclavos en cambio los llaman con nombres hermosos?” Al-‘Utbi contestó: “Porque los árabes llaman a sus hijos por sus enemigos, y a sus esclavos por sí mismos”.⁵

Como el mismo Ibn Durayd explica cuidadosamente al principio del *Kitāb al-Īṣṭiqāq*, compuso dicha obra para aclarar el significado y razón de los nombres árabes —las variantes y deformaciones que estos habían sufrido en su migración de unas tribus a otras—, movido por el afán de preservar la memoria onomástica árabe frente al descuido, al simple olvido o a la alteración que el contacto con otros pueblos, especialmente arameos y persas, hubieran originado en ella.

Naturalmente, latía en este impulso purificador de Ibn Durayd, y en la propia explicación de al-‘Utbi aducida por aquél, un reflejo apreciable de la controversia cultural que, con el nombre de *šū‘ūbiyya*, enfrentó a árabes y persas durante la mayor parte del siglo ix. Estos últimos, en efecto, se habían bur-

⁴ al-Ŷāhiz, *Kitāb al-tarbi‘ wa l-tadwīr*, 121; trad. al español de P. Buendía, Ŷāhiz, *Libro de la cuadratura del círculo*, 121, p. 116.

⁵ Ibn Durayd, *Kitāb al-Īṣṭiqāq*, 4, p. 4.

lado en repetidas ocasiones de la tosquedad de los árabes, un pueblo rudo surgido del inhóspito desierto, y habían hecho mofa de sus tradiciones, lisonjeándose del refinado pasado sasánida y de sus gloriosas tradiciones históricas. Se habían reído abiertamente de la costumbre árabe de pronunciar el discurso forense marcando las prosodias a golpe de cayado sobre el suelo; del hábito de comer lagartos y beber leche de camella, y por supuesto de sus nombres de perro y lobo. Es célebre el verso atribuido a Sahl b. Hārūn, uno de los campeones del bando persa:

“¿Pretende [la tribu de] Kalb [‘perro’] contarme entre sus familiares?
Hay poca ciencia entre los perros.”⁶

A cambio, los árabes contraatacaban acusando a los persas de mezquindad y falta de bravura, y de mantener las costumbres incestuosas presuntamente heredadas de la nobleza sasánida tardía, como atestigua tempranamente esta conversación atribuida al poeta omeya de origen persa Ismā‘īl b. Yasār:

—“Di la verdad: mientras que nosotros educábamos a nuestras hijas, vosotros enterrábais a las vuestras en la arena.”
—“En efecto”, contestó el árabe, “vosotros teníais necesidad de ellas y nosotros no”.⁷

Es en este cruce de acusaciones mutuas, de difamación intercultural por la disputa de la supremacía en la nascente cultura islámica, donde debemos situar las primeras teorías en torno a la naturaleza de los nombres árabes y la burla que no pocos clientes persas y arameos hacían de los nombres desagradables de sus nuevos señores. La explicación propuesta por el poeta al-‘Utbi e Ibn Durayd debe incardinarse en una tesis así: el carácter estrafalario de los nombres árabes no era sino una marca de gallardía y un timbre de gloria guerrera.

Por la parte contraria, la lista de nombres no arábigos que el campeón de la causa proárabe, al-Ġāhiz, ensarta en su *Libro*

⁶ Se trata de un célebre verso de Sahl b. Hārūn. Cfr. I. Goldziher, *Muslim Studies*, vol. I, p. 149, con variedad de ejemplos al respecto.

⁷ *Ibid.*, núm. 3, p. 148. La noticia es del *Kitāb al-Aḡānī*.

de los *avaros* por boca del pícaro persa Jālid b. Yazīd, también adquiere su justa significación en este contexto:

No queda en la tierra *ka'bi* ni pícaro (*mukaddi*) en cuyo oficio yo no fuera maestro: incluso se me sometieron [bandidos como] Ishāq Matacoños (*qattāl al-hir*), Banʿawayh pelo de Camello (*ša'r ʿYamal*), ʿAmrū l-Qawqil, ʿYaʿfar Kurdi Kalak, Pichatiesa (*Qarn Ayri-bi*), Hammawayh Ojo de elefante (*ʿAyn al-fil*), Šahrām Burrodejob (*Ḥimār Ayyūb*) y Saʿdayh Jodeasumadre (*Nāʾik Ummi-bi*).⁸

Podemos presumir que, en este párrafo, al-ʿYāhiz está hablando al menos de un judío no árabe, de dos kurdos y cuatro persas, todos ellos nombrados con mote hirientes, y que además se arrastran por el mundillo del hampa.

No obstante, y aunque semejante panorama de difamaciones onomásticas y culturales deba hacernos extremar la prudencia en las valoraciones acerca de la naturaleza y el origen de los primitivos nombres árabes, el testimonio de al-ʿUtbī aparece refrendado con prodigiosa exactitud muchos siglos más tarde, en 1912, por boca de un jeque de la tribu de los ʿOneze en Arabia central:

El nombre revela el modo de ser que se desea para el hijo en el futuro: al niño se le llama *Gimel*, “Camello Semental”, porque se espera que se haga fuerte como un camello. A esta clase pertenecen también nombres como *Tsleb*, “Pequeño Perro” y, en cambio, bellos nombres de esclavos tales como *Ymîne*, “Honrada”, *Mabrûk*, “Bendito”, *Sèʿid*, “El que trae suerte”, nombres de los que un jeque de ʿOneze me dijo: “[...] los nombres de los esclavos son para nosotros y nuestros nombres son para nuestros enemigos”, y añadió que si llamasen a un esclavo “Perro”, éste podría portarse con ellos como un perro. A esta categoría quizá pertenecza también el nombre *Khâyen*, que, por lo que parece, significa “traidor”.⁹

Como se ve en el testimonio de este jeque recogido por J. J. Hess, todavía en el siglo xx había árabes que creían en la naturaleza augural de los nombres. Dichas creencias son inveteradas. Aparecen comentadas por los propios al-ʿYāhiz e Ibn Durayd:

⁸ al-ʿYāhiz, *Libro de los avaros*, p. 113.

⁹ J. J. Hess, *Beduinennamen aus Zentralarabien*, p. 5.

Los árabes daban a sus hijos los nombres de *Kalb* ("perro"), *Himār* ("asno"), *Ha'yar* ("piedra"), *Yū'l* ("escarabajo"), *Hanzala* ("coloquintida"), *Qird* ("mono") según el buen presagio que contenían. Cuando a uno le nacía un niño, el beduino salía a contemplar el vuelo de los pájaros y aquilatar los augurios. Si oía a alguien decir: "Piedra", o si acaso veía una, le daba ese nombre a su hijo, augurando así la fuerza, la dureza, la duración, la paciencia, la cualidad de romper todos los obstáculos. Asimismo, si escuchaba a alguien decir "Lobo", o si por ventura veía uno, le auguraba la sagacidad, la picardía, la astucia, el beneficio. Si era un asno, le pronosticaba una larga vida, el aguante, la fuerza y la perseverancia. Si era un perro, la protección, la vigilancia, la amplitud de la voz, la presa y otras virtudes.¹⁰

Sabed que los árabes tenían ciertos métodos para elegir los nombres de sus hijos: unos basados en el presagio contra sus enemigos, como *Gālib* ("vencedor"), *Gallāb* ("victorioso"), *Zālim* ("opresor"), *ʿArim* ("intratable"), *Munāzil* ("combatiente"), *Muqātil* ("guerrero"), *Mu'arik* ("batallador"), *Tābit* ("correoso") y otros por el estilo [...].

Otros nombres los elegían por las cosas buenas que presagiaban para sus hijos, como *Nā'il* ("agraciado"), *Wā'il* ("refugio"), *Nāyī* ("ágil"), *Mudrik* ("perspicaz"), *Darrāk* ("sagaz"), *Sālim* ("sano"), *Salīm* ("saludable"), *Mālik* ("rico"), *ʿAmir* ("próspero"), *Sa'd* ("suerte"), *Sa'id* ("feliz"), *Mas'ada* ("dichoso"), *As'ad* ("exultante"), y otros de este tenor.

Algunos ponían nombres de bestias feroces, que tenían por objeto aterrorizar a los enemigos, como *Asad*, *Layt* o *Farrās* ("león"); *Di'b*, *Sūd* o *ʿAmallas* ("lobo"), *Dirgām* ("león"), etcétera.

También hay que señalar los nombres extraídos de las cosas ásperas y frágiles del reino vegetal, como *Talḥa* o *Samura* ("acacias"), *Salma*, *Qatāda* o *Harāsa*. Todos ellos son arbustos con pinchos y espinas. No faltaba asimismo quien tomaba nombres de los accidentes abruptos del suelo, de cosas que hacían daño al tocarlas o pisarlas, como *Ha'yar* ("piedra"), *Huṣayr* ("canto"), *Ṣajr* ("roca"), *Fihṛ* ("mortero"), *Yandal* ("peñasco"), *Yarwal* ("pedregal"), *Hazn* ("peñascal") o *Hazm* ("escarpadura").

[Finalmente], había hombres que, en saliendo de casa cuando su mujer daba a luz, llamaban al recién nacido según lo primero que se encontraban, ya fuera un zorro (*Ta'lab*) o una raposa (*Ta'labā*); o un lagarto de cola estriada (*Dabb*); un cachorro de hiena (*Dubay'a*); un perro o su cachorro (*Kalb/Kulayb*); un asno (*Himār*); un mono (*Qird*) o un cerdo (*Jinzīr*) o un borrico (*Yabṣ*). También había quien ponía el nombre por lo primero que veía venir volando desde la derecha o la izquierda, como un cuervo (*Gurāb*), un pájaro carpintero (*Ṣurad*) y otros así.¹¹

¹⁰ al-Ṭāhiz, *Kitāb al-Hayawān*, 'A.-S. M. Hārūn (ed.), vol. I, p. 324. Cfr. T. Fahd, *La Divination arabe*, p. 455.

¹¹ Ibn Durayd, *Kitāb al-Iṣṭiqāq*, ed. cit., p. 5, cfr. T. Fahd, *La Divination arabe*, op. cit., p. 458 (con un texto diferente al de la edición de Hārūn, que seguimos nosotros).

El islam y la onomatomanía

Este panorama de nombres impuestos *ex-contrario* y al acaso cambiaría esencialmente con el islam. Como es sabido, el Profeta creía en una de las disciplinas de adivinación practicadas tradicionalmente por los árabes, el *fa'l* o la onomatomanía, en tanto que prohibió severamente todas las demás, señaladamente el *maysir* (la adivinación mediante un juego de flechas),¹² y la ornitomanía o adivinación según el vuelo de los pájaros (*tīra*, *īyāfa* y otras).¹³

Según un célebre hadiz recogido por Abū Dāwūd, el Profeta habría afirmado: “El día de la Resurrección seréis llamados por vuestros nombres y los de vuestros padres, así que llamaos por nombres hermosos”.¹⁴ El nuevo valor introducido por Mahoma en la comunidad musulmana se basaba en propiciar las buenas cualidades del nombre, evitando las malas. A lo largo de su vida, se afanó por cambiar los nombres de muchos personajes con los que se encontraba, otorgándoles otros de mejor augurio. A la hermana del futuro califa ‘Umar, ‘Āṣiya (“rebelde”) le puso el nuevo nombre de *Yamīla* (“hermosa”). Cambió el antiguo nombre de la ciudad de Medina, *Yatrib*, por el de *Tayba* (“agradable”), temiendo la semejanza con *tatrīb* (“reprimenda”, “reprensión”). A la tribu de los Banū Ṣaytān (“los hijos de Satán”) le impuso el nuevo nombre de Banū ‘Abd Allāh (“los hijos del siervo de Dios”). Cambió el nombre de ‘Abd al-Hārīt por el de ‘Abd Allāh, pues según algunas tradiciones al-Hārīt era el nombre del Ángel Caído.¹⁵ Desaconsejó fervientemente el nombre de Murra (“amargura”) y la *kunya* o *agnomen*¹⁶ Abū Murra, tradicionalmente atribuida a Satanás, reemplazándola por Abū Hulwa (“dulce”). Es célebre la anécdota de dos mozos llamados *Harb* (“guerra”) y *Murra*, que se disponían a or-

¹² Véase Alcorán, 2: 219; 5: 90.

¹³ Véase T. Fahd, *La Divination arabe*, pp. 431 y ss.

¹⁴ Para todo lo que sigue, *cfr.* M. J. Kister, “Call yourselves by graceful names”, *Lectures in memory of Professor Martin M. Plessner*, pp. 1-25, *passim*; T. Fahd, *La Divination arabe*, pp. 452 y ss.

¹⁵ Pero luego recomendado por el mismo Profeta y considerado muy popular.

¹⁶ Ár. *al-kunya*, esp. *alcurnia*. Compuesto por el constructo *Abū al-* (“padre de”) o *Umm al-* (“madre de”) + sustantivo/adjetivo: la *kunya* del Profeta era *Abū l-Qāsim* (lit. “el padre de Qāsim”), aunque como es sabido este *agnomen* le fue impuesto al nacer. *Cfr. Encyclopaedia of Islam*, s. v. *Kunya*, art. de A. J. Wensinck.

deñar una camella, y para evitar el mal augurio de sus nombres, el Profeta mandó ordeñarla a un tercero, llamado *Ya ʿiṣ* (“el que vive”).¹⁷

Así pues, los musulmanes, que desde su pasado beduino acostumbraban a llamar a sus hijos por nombres desagradables, fueron instigados a llamarlos con nombres hermosos.¹⁸ Un renombrado suceso atribuido al califa ʿUmar b. al-Jaṭṭāb ilustra el cambio que esta nueva actitud habría de traer a la comunidad musulmana: se presentó ante él un fulano llamado ʿĪmra (“ascua”) Ibn Šihāb (“brasa”) de la tribu de los Banū Hurqa (“ardor”), la cual paraba en una comarca llamada Harrat al-Nār (“ardiente lava”), y precisamente en un paraje llamado Dāt al-Lazā (“del fuego llameante”). ʿUmar le aconsejó volverse inmediatamente con los suyos, porque pensaba que se estarían quemando, como en efecto dicen que sucedió.¹⁹

Semejante cambio, sin embargo, no se efectuó sin resistencia: a un beduino llamado Hazn (“pedregal”), el Profeta quiso llamarlo *Sahl* (“llano”, “fácil”), a lo que el hombre contestó “El llano está pisado por todos y es despreciable”.²⁰ Pero el hecho es que tres siglos más tarde, como se echa de ver en los testimonios aducidos por al-ʿĪḥīz e Ibn Durayd, nombres como *Jinzīr* (“cerdo”), *Qird* (“mono”) o *Dabb* (“lagarto *uromastix* o de cola estriada”) se habían convertido en una curiosidad filológica, caídos en completo desuso y esgrimidos como arma difamatoria contra los árabes. No obstante, la pervivencia del poder mágico del nombre, de las propiedades que era capaz de transmitir, siguió viva entre las sociedades árabes. Veamos algunos ejemplos de ello.

Mal de ojo, apodos y animales de alcurnia

Aunque el poder disuasorio y protector de los nombres desagradables perdió predicamento, la sanción profética hacia el *fāʿl* o

¹⁷ Esta anécdota, referida por Ibn Ḥaṣār, as-Suyūṭi y otros muchos en M. J. Kister, “Call yourselves by graceful names”, art. cit., p. 11.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 9-10.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14.

²⁰ O bien, “No voy a cambiar un nombre que me dio mi padre”, según otras versiones. *Ibid.*, p. 14.

buen auspicio onomástico popularizó toda una corriente de *nomina boni augurii*,²¹ como *Ā'īša* (“viva”), *Yahyà* o *Ya'īs* (“el que vive”), *Jālīd* (“eterno”), *Yāmāl* (“belleza”), *Yāmīl* (“bello”), etcétera, al tiempo que se refinó la costumbre de dar hermosos nombres exóticos a esclavos y, posteriormente, a eunucos: *Misk* (“almizcle”), *Masrūr* (“alegre”), *Yāqūt* (“coral”), etcétera.

Sin embargo, la costumbre de poner nombres o apodos *contrario* nunca desapareció del todo, ni siquiera en medios urbanos o simplemente rurales. Aún hoy parecen estar en uso nombres propios como *Kefāya* (“basta”), *Kāfiya* (“suficiente”), *Haddī* (“ponle límite”) o *Sedde-nā* (“ponle coto”), usados para la niña recién nacida en Egipto, Yemen y Túnez cuando los padres ya han tenido un número grande de hijas y desean ardientemente un varón.²² Uno de los casos más pintorescos de la historia árabe nos lo da el tradicionista del siglo III de la Hégira, Ibn al-Muzarra' (que era sobrino de al-Īḥiz), cuyo nombre propio era *Yāmūt* (“muere”). Este nombre fue para Ibn al-Muzarra' una fuente permanente de pesares; según parece, hubo de abstenerse de acudir a entierros y de visitar a enfermos por evitar que alguno le preguntara su nombre.²³

Una de las razones para esta costumbre de llamar o apodar con nombres desagradables presuntamente protectores se encuentra en la inveterada creencia en el mal de ojo,²⁴ la envidia (cp. lat. *invidere*), que fue y es terror tradicional de los medios populares árabes. El temor de que las miradas cargadas de envidia perjudicaran a los recién nacidos —especialmente a los varones—, propició en el folclor árabe toda una variopinta gama de creencias y prácticas curiosas: todavía en El Cairo de 1842, el gran E. W. Lane refiere cómo las señoras egipcias de más alta alcurnia y mejor fortuna acostumbraban llevar a sus hijos por la calle sucios y envueltos en andrajos, para que ningún viandante fijara en ellos el dardo de la envidia.²⁵ Por lo que respec-

²¹ Cfr. a este respecto el enciclopédico artículo de C. E. Bosworth, en *Encyclopaedia of Islam*, s. v. *Lakab*.

²² Véase A. Schimmel, *Islamic Names*, p. 42.

²³ Véase *Encyclopaedia of Islam*, s. v. *Yāmūt b. al-Muzarra'*, art. de E. Wagner.

²⁴ Para todo lo que viene a continuación, en relación con el mal de ojo, véase J. Sainte Fare Garnot, “Défis au destin”, *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* (BIFAO), 59, pp. 1-28, *passim*.

²⁵ E. W. Lane, *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, p. 73.

ta a los nombres, Louis Massignon relata en 1918 el caso de un soldado egipcio de la legión árabe llamado *Zibāla* (“basura”), apodo quizá impuesto por sus padres por su excepcional belleza de recién nacido.²⁶ Otros casos citados por Sainte Fare Garnot son *Yazūl* (“muere”/“cesa”), *Šabhād* (“mendigo”), *Šabhāta*²⁷ (“mendicidad”), *Uryān* (“desnudo”), *Millīm* (“céntimo”), *Yāri-ya* (“esclava”) o *Jēša* (خيشة/“tela de saco”, “arpillera”), todos ellos localizados en Egipto.

Debemos mencionar asimismo la muy extendida costumbre árabe de la nominación por antífrasis. Esta práctica lingüística, llamada por los filólogos árabes *al-Kināya bil-ʿaks*,²⁸ a veces tiene un carácter lúdico o irónico, como ilustra el caso de una de las concubinas favoritas del califa al-Mutawakkil, apodada *Qabiḥa* (“horrible”), por su extraordinaria belleza.²⁹ O el muy lacerante apodo de *Kāfūr* (“alcanfor”), impuesto al famoso gobernador *ijšidī* de al-Fuṣṭāṭ en Egipto, eunuco y esclavo negro por más señas.³⁰ Dicho proceder onomástico, digámoslo de paso, nos hace recordar que en algunas zonas del mundo hispánico (en Cuba notablemente), no ha sido extraño bautizar a las niñas de raza negra o piel muy morena como “Blanca”, “Nieves” e incluso una caprichosa combinación de ambos nombres: *Blancanieves*.

Otras veces, sin embargo, la persona o cosa nombradas son desplazadas por un eufemismo en antífrasis, probablemente encaminado a evitar las desagradables consecuencias que su mención pudiera acarrear. Late aquí la presencia del viejo refrán árabe *kull al-manqūṣ manḥūṣ* (“los tullidos son funestos”), como en la *kunya* que tradicionalmente se pone por apodo a los ciegos, *Abū l-baṣīr*, (“el de la vista larga”),³¹ o la que se usa para

²⁶ J. Sainte Fare Garnot, “Défis au destin”, art. cit., p. 2.

²⁷ Con su alteración correspondiente en el dialecto egipcio por شحادة.

²⁸ W. Marçais, “Nouvelles observations sur l’euphémisme dans les parlers arabes maghribins”, *Mélanges Isidore Levy. Annuaire de l’Institut de Philologie et d’Histoire Orientales et Slaves*, 13, pp. 331-398, especialmente p. 334.

²⁹ A. Schimmel, *Islamic Names*, p. 13; *Encyclopaedia of Islam*, s. v. *Lakab*, art. de C. E. Bosworth.

³⁰ C. E. Bosworth aporta esta explicación al respecto: “*kāfūr*, ‘camphor’ being white and fragrant, whereas *Kāfūr* was a black eunuch, proverbially noisome and malodorous”, *Encyclopaedia of Islam*, s. v. *Lakab*.

³¹ Lit. “el padre del clarividente”.

designar eufemísticamente al hambre, *Abū Mālik*³² (“el próspero”).³³ Otros casos de este tipo de *kunya* son *Umm al-ṣibyān* (“la madre de los niños”), eufemismo designador de las gripes y fiebres infantiles,³⁴ o el entrañable caso citado por William Marçais sobre la terrible hambruna que azotó Argel en 1867, todavía recordada en 1906 por las ancianas argelinas como *‘āmm el-jūr* (“el año del bien”).³⁵ El propio Marçais recuerda que hay cuatro raíces verbales relacionadas con la salud y las bendiciones que experimentan un amplísimo uso para la nominación por antífrasis en las hablas árabes del norte de África: *salima* (“estar sano o salvo”), *baraka* (“bendecir”), *‘amara* (“vivir”, “habitar”) y *rabiha* (“ganar”).³⁶ Así, al mordido por serpiente —tanto más si la mordedura es letal— se le ha llamado *salīm* (“sano”, “saludable”);³⁷ a la fiebre tifoidea, *al-mabrūka* (“la bendita”), a la sífilis, *al-dā’ al-mubārak* (“la enfermedad bienaventurada”), ilustrando así toda una serie de enfermedades y taras que en amplias zonas del mundo árabe se encubrirían con palabras de connotaciones religiosas y salvíficas.

Finalmente, debemos mencionar la antigua costumbre árabe de nombrar a los animales por una *kunya* con funciones de sobrenombre, en el cual se ha pretendido ver un valor apotropaico.³⁸ Este curioso uso lingüístico, que tanto parecido formal guarda con el *kenning* escandinavo,³⁹ es mencionado tan sólo de pasada por el polígrafo al-Qalqaṣandī en las más de cien pá-

³² al-Ta’ālibī, *Timār al-Qulūb*, p. 249, *passim*.

³³ Lit. “el padre del rico”/“del poseedor”.

³⁴ Cfr. E. Doutté, *Magie et Religion dans l’Afrique du Nord*, pp. 115 y ss.

³⁵ W. Marçais, “L’euphémisme et l’Antiphrase dans les dialectes arabes d’Algérie”, en Carl Bezold (ed.), *Theodor Nöldeke zum siebzigsten Geburtstag*, p. 434. La cita del mote en cuestión viene en dialecto (*sic. ‘amm*), y que “valga para aviso de zoilos” (E. G. G.).

³⁶ W. Marçais, “Nouvelles observations sur l’euphémisme dans les parlers arabes maghribins”, art. cit., pp. 334-335.

³⁷ al-Yāhiz, *Kitāb al-tarbi’ wa l-tadwīr*, ed. cit., 69; Yāhiz, *Libro de la cuadratura del círculo*, 69, pp. 88 y 126.

³⁸ Véase *Encyclopaedia of Islam*, s.v. *Kunya*, art. de A. J. Wensinck.

³⁹ Cfr. E. Bernárdez, “Sobre la traducción de los *kenningar* y otros aspectos de la poesía escáldica”, *Filología moderna*, 68-70, pp. 223-240; M. García-Teijeiro, “Consideraciones sobre nombres descriptivos de animales, con especial referencia al nombre lituano de la culebra”, *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología y Filología Clásicas*, 4, pp. 133-142, especialmente p. 134.

ginas que dedica a los apodos y *kunyas* en su enciclopedia *Ṣubḥ al-aʿšā*:

Los árabes dedicaban extremo cuidado a sus *kunyas*, hasta tal punto que se las pusieron a todos los animales, y [a veces] varias diferentes. Llamaron al león (*asad*) *Abū l-Hārīt*; al zorro (*taʿlab*), *Abū l-ḥusayn*; al gallo (*dīk*), *Abū Sulaymān*; a la hiena (*dabū*), *Umm ʿAmir*; a la gallina (*dayāʿya*), *Umm Ḥafṣa*; al saltamontes (*ḡarāda*), *Umm ʿAwf* y así otras *kunyas* de esta ralea.⁴⁰

Los primeros intentos de explicar esta costumbre (así como los numerosos nombres de animales presentes en las denominaciones de las tribus árabes), se originaron en los albores del siglo xx, y la achacaban a un posible origen totémico. W. Robertson Smith dedicó numerosas y sagaces páginas a este tema.⁴¹ Aunque las teorías totémicas sobre los orígenes de la onomástica árabe cayeron pronto en desuso, todavía no se ha explicado de manera convincente por qué los primitivos árabes se afanaron en poner cientos de sobrenombres a los animales, plantas e incluso minerales que conocían.⁴² Puede que en origen se tratase de nombres tabuados —a la manera de la comadreja en la geografía lingüística hispánica o el oso en la mayoría de las lenguas del este de Europa.⁴³ Así, un sobrenombre adjudicado al animal potencialmente peligroso o perturbador evitaría que, al pronunciar su nombre, este se presentara o apareciera de improviso. Pero ello nos llevaría a pensar que entre los árabes la mayoría de los animales corrientes (junto a una gran variedad de vegetales) estaban tabuados, y además dicha teoría choca frontalmente con los testimonios de al-ʿYāhiz e Ibn Durayd aquí aducidos, según los cuales los árabes preislámicos no tenían complejos en ponerse nombres de animales desagradables o salvajes.

⁴⁰ al-Qalqaṣandī, *Ṣubḥ al-aʿšā*, Muḥammad ʿAbd al-Rasūl Ibrāhīm (ed.), Dār al-Kutub al-Jadīwiyya, vol. 5, p. 430.

⁴¹ W. Robertson Smith, *Kinship and marriage in early Arabia*, pp. 217 y ss. Sobre la teoría del totemismo, cfr. la información de L. Caetani y G. Gabrieli, *Onomasticon Arabicum*, vol. 1, núm. 41, p. 78.

⁴² Véase J. Sublet, “Nommer l’animal en arabe d’après un auteur du xiii^e siècle”, *Anthropozoologica*, pp. 99-105.

⁴³ Véase P. García Mouton, “Motivación en nombres de animales”, *Lingüística Española Actual*, 9, p. 190; y el artículo ya clásico de R. Smal-Stocki, “Taboos on animal names in ukrainian”, *Language*, 26, núm. 4, pp. 489-493.

En efecto, cuando consultamos las páginas de repertorios dedicados a los sobrenombres y *kunyas* árabes —*Timār al-Qulūb* de al-Ta‘alibī y especialmente el extenso *Kitāb al-murassa‘* de Ibn al-Atīr—⁴⁴ observamos que un elevado número de estas *kunyas* no parecen haber sido eufemismos en origen, porque tienen un marcado carácter metonímico o afectivo, aún hoy en uso en amplias zonas de la geografía árabe. En este caso la *kunya* es un simple sobrenombre sin funciones genealógicas,⁴⁵ y su estructura de constructo (*Abū*, “padre”; *Umm*, “madre”; *Ibn*, “hijo”; *Bint*, “hija”, todos seguidos de un sustantivo o adjetivo)⁴⁶ serviría para predicar cualidades determinadas de una persona o cosa, sin aludir al parentesco o la filiación, debiendo ser traducida por “el de”, “la de” y semejantes. Es fama que el califa omeya ‘Abd al-Malik b. Marwān (m. 703) fue conocido por la afrentosa *kunya* de *Abū l-dibbān* (lit. “el [padre] de las moscas” = “el hombre de las moscas”), pues tenía tan mal aliento que podía matarlas de un soplo.⁴⁷ También es célebre el apodo que, debido a su pata de palo, los egipcios le dieron al viejo general Cicarelli, fiero conquistador de Egipto con Napoleón y Kléber: *Abu Jasad* (lit. “el [padre] del leño”, “el de la pata de madera”).⁴⁸ Ibn al-Atīr menciona para el agua (ár. *mā’*) el sobrenombre de *Umm al-ḥayāt* (“la [madre] de la vida”).⁴⁹ A. Schimmel, en fin, señala que hoy en día se conoce en Arabia Saudí al automóvil *Mercedes* por el sobrenombre de *Abū l-naṣma* (lit. “el [padre] de la estrella”).⁵⁰

Centrándonos en los animales, esta nomenclatura responde a una tipología donde lo descriptivo o lo metonímico, clara-

⁴⁴ Ibn al-Atīr, *Kitāb al-murassa‘*, C. F. Seybold (ed.), *Ibn al-Atīr’s Kunja-wörterbuch betitelt Kitab al-Murassa‘ herausgegeben*.

⁴⁵ Cfr. L. Caetani y G. Gabrieli, *Onomasticon Arabicum*, 73, p. 103.

⁴⁶ También con sus plurales correspondientes, más el nombre *dū*, “dueño” o “dotado de”, aunque la *kunya* tradicional tan sólo se compone de los compuestos *Abū* (“padre”) y *Umm* (“madre”) seguidos de su complemento o modificador correspondiente; cf. J. Rosenhouse, “Personal names in Hebrew and Arabic: modern trends compared to the past”, *Journal of Semitic Studies*, 47, pp. 97-114; A. Schimmel, *Islamic Names*, pp. 4 y ss.

⁴⁷ Cfr. A.-C. Barbier de Meynard, “Surnoms et sobriquets dans la Littérature Arabe”, extraído de *Journal Asiatique*, pp. 21-22, s. v. *Abu l-dibbān*.

⁴⁸ L. Caetani y G. Gabrieli, *Onomasticon Arabicum*, p. 105.

⁴⁹ Ibn al-Atīr, *Kitāb al-murassa‘*, ed. cit., s. v. *Umm al-ḥayāt*, p. 77.

⁵⁰ A. Schimmel, *Islamic Names*, núm. 27, p. 7.

mente definido, se alterna con otras denominaciones de variada naturaleza, no siempre fácil de explicar y que deja amplio espacio a la especulación. Así, el gallo (*dik*) es llamado con la *kunya* de *Abū Yaḡzān* (lit. “el [padre del] madrugador” = “el madrugador”); el ciempiés o la escolopendra, *Umm al-arba‘a wa l-arba‘in* (lit. “la [madre] de los cuarenta y cuatro”); el buitre, *Abū l-Abad* (“el [padre] de la eternidad”), por la tradicional longevidad que se le supone;⁵¹ el perro, *Abū Jālid* (“padre de Jālid [= ‘eterno’]”), por su proverbial y duradera fidelidad; el león, *Abū l-Abbās* (“[padre de] Abbas [= ‘de ceño fruncido’]”), por su fiereza; el camaleón, *Abū l-zindīq* (“el [padre del] maniqueo”), por sus cambios y variaciones de color.

Sin embargo, frente a estos sobrenombres animales de clara naturaleza metonímica y predominantemente literaria, hallamos decenas de sobrenombres animales sobre cuya razón de ser no cabe sino elucubrar hipótesis. Así, al camello se le ha dado la *kunya* *Abū Ayyūb* (“padre de Job”), e Ibn al-Aṭīr propone que ello se debe a la paciencia que este animal muestra al marchar,⁵² lo cual indica una elaboración demasiado literaria y compleja para ser verosímil en boca de beduinos y viejos árabes de la estepa; el camaleón recibe la *kunya* de *Abu Qurra* (“padre de Qurra”), y J. Sublet supone que, puesto que la raíz árabe *qarrā* remite a los sentidos de “frialdad” y de “quietud”, el sobrenombre puede deberse a la inmovilidad del camaleón o a su sangre fría;⁵³ asimismo la *kunya* *Abū Ṭālib* (“padre de Ṭālib”), otorgada al caballo, se resiste a una explicación fácil o evidente, por más que Caetani y Gabrieli dan por cierta la explicación de Ibn al-Aṭīr acerca de que, puesto que el nombre árabe Ṭālib significa “persona que pide” o “solicita” algo, el caballo perseguiría o “pediría” la meta, la conquista del camino. Otras muchas *kunyas* o sobrenombres de animales permanecen enigmáticas y oscuras; la hiena es llamada a veces *Umm ‘Āmir* (“la madre de ‘Āmir”), *kunya* para la cual Ibn al-Aṭīr propone una explica-

⁵¹ Sobre la tradicional longevidad del buitre, v. al-Ŷāhiz, *Kitāb al-tarbī‘ wa l-tad-wīr*, ed. cit., 38; Ŷāhiz, *Libro de la cuadratura del círculo*, 38, pp. 61 y 30; *Encyclopaedia of Islam*, s. v. *nasr*, arts. de T. Fahd y F. Viré.

⁵² al-Ŷāhiz, *Kitāb al-muraṣṣa‘*, ed. cit., s. v. *Abū Ayyūb*, p. 12.

⁵³ J. Sublet, “Nommer l’animal en arabe d’après un auteur du XIII^e siècle”, *Anthropozoologica*, p. 104.

ción anagramática demasiado rebuscada y absurda para ser verosímil.⁵⁴ La ya nombrada *kunya* del zorro, *Abu l-ḥuṣayn* (“el [padre] de la pequeña fortaleza”), en fin, se presta a toda clase de conjeturas: quizá sea así porque el zorro se refugie en las ruinas para construir su madriguera,⁵⁵ quizá porque esa madriguera sea difícil de hallar... Las posibilidades son tantas como designe la imaginación.

La realidad es que, en este ámbito de las *kunyas* o sobrenombres animales y vegetales, la vida cotidiana se mezcló tempranamente con la literatura, formando un grueso corpus en el que, a juzgar por al-Ta‘ālībī y su *Timār al-Qulūb*, el *Kitāb al-murassa‘* de Ibn al-A‘īr y otras obras de género posteriores,⁵⁶ pronto fue imposible distinguir lo auténtico de lo imitado, la vida real del juego literario. Tanto es así, que ya el más célebre zoógrafo árabe, al-Īḥiz̧, se preguntaba sobre la naturaleza y el origen de estos sobrenombres animales en el mencionado *Kitāb al-tarbī‘ wa l-tadwīr*, una obra donde repasa los más espinosos problemas al alcance de la sociedad letrada abbasí del siglo IX. En ella, nuestro autor pregunta a un personaje pedante que pretende saberlo todo acerca de la presunta “filiación” expresada en la *kunya* de cinco variopintos seres: el chacal, el camaleón, la comadreja, el champiñón velludo y la cochinilla:

Dime, ¿qué es *Āwà* [por *Ibn Āwà*, “Hijo de Āwà” = “chacal”], y qué es *Hubayn* [por *Umm Hubayn*, “Madre de Ḥubayn” = “camaleón”], y qué es *Irs* [por *Ibn Irs*, “Hijo de ‘Irs” = “comadreja”], y qué es *Awbar* [por *Banāt Awbar*, “Las hijas de Awbar” = “champiñón velludo”], y qué *Wardān* [por *Bint Wardān*, “la hija de Wardān” = “cochinilla”].⁵⁷

⁵⁴ Cfr. M. H. Benkheira, C. Mayeur-Jaouen y J. Sublet, *L’Animal en Islam*, pp. 67-68; J. Sublet, “Nommer l’animal en arabe d’après un auteur du XI^e siècle”, p. 104.

⁵⁵ Cfr. en este sentido la tentativa de explicación, harto especulativa, de J. Sublet en *L’Animal en Islam*, p. 72.

⁵⁶ Especialmente la *Risāla fī ma‘rifat al-ḥulā wa l-kunā wa l-asma‘ wa l-alqāb de al-Suyūṭī*, S. Al-Munajjid (ed.), “Une importante risāla de Suyūṭī”, *Mélanges de l’Université Saint-Joseph de Beyrouth*, 48, pp. 341-354; Cfr. asimismo G. Levi Della Vida, “Muhammad Ibn Habib’s ‘Matronymics of Poets’”, *Journal of the American Oriental Society*, 62, pp. 156-171; al-Ta‘ālībī, *Latā‘if al-ma‘ārif*, trad. ingl. C. E. Bosworth (The Book of Curious and Entertaining Information), pp. 52-67; y las fuentes —algunas perdidas o inéditas— mencionadas por Caetani y Gabrieli en su *Onomasticon Arabicum*, pp. 132-133.

⁵⁷ al-Īḥiz̧, *Kitāb al-tarbī‘ wa l-tadwīr*, Ch. Pellat (ed.), 42, trad. al español P. Buendía, *Libro de la cuadratura del círculo*, 42, p. 68.

Por más que algunos autores árabes como al-Damīrī, al-Taʿālibī o Ibn al-Aṭīr intentan responder a la espinosa pregunta de al-ʿĪḥīz fabricando etimologías populares *ad hoc*, el verdadero origen de tales palabras —y por lo tanto el sentido de tales sobrenombres o *kunyas*— se nos escapa por completo;⁵⁸ y por esa razón un genio de la talla de al-ʿĪḥīz se pregunta por ellas ya en el siglo IX, sin encontrar una respuesta convincente. Ello sugiere que, a la par de la *fabricación* literaria de muchos sobrenombres animales mediante mecanismos de metonimia, sinécdoque o simples guiños culturales, muchas de las *kunyas* usadas como sobrenombres para animales o plantas —y seguramente las más antiguas— tuvieron un origen distinto. No podemos estar seguros de que tal origen remonte a conceptos mágicos, supersticiones y nombres tabuados, por temor de lo que Smal-Stocki llamó *el poder mágico de la palabra*: “El motivo inmediato del desplazamiento es el miedo a que el significado de la palabra se cumpla; el miedo a que pronunciar el nombre invoque la presencia del animal en cuestión y dañe al hablante [...] Compárese con el dicho ucraniano: ‘Cuando uno habla del lobo, se le mete en casa’”.⁵⁹ Ciertamente no podemos estar seguros; pero a juzgar por la repetición del fenómeno en otras culturas, existe una probabilidad nada desdeñable de que así sea.

En un reciente estudio sobre las *kunyas* de animales en el *Kitāb al-muraṣṣaʿ* de Ibn al-Aṭīr, J. Sublet señala que el animal que más sobrenombres tiene en árabe es la hiena, que cuenta con 47. Tras ella se sitúan el león, con 34; la serpiente y el camello, con 32; el lobo, con 26; el onagro, con 24; el leopardo o pantera, con 19; el caballo, con 16; el zorro, el cuervo y el gallo, con 12, etcétera.⁶⁰ Muchos de estos animales son peligrosos y de indeseada presencia, pero no todos. Su riqueza de mote y apodo puede responder originalmente a la mencionada intención profiláctica o apotropaica: nunca nombrar al animal dañino para evitar su encuentro; pero en ese esquema difícilmente enca-

⁵⁸ Véase las referencias de Ch. Pellat a tales nombres (*Āwā, Hubayn, ʿIrs, Awwar, Wardān*) en el glosario de su edición del *Kitāb al-tarbiʿ wa l-tadwīr*, s. vv.

⁵⁹ R. Smal-Stocki, “Taboos on animal names in ukrainian”, *Language*, 26, núm. 4, pp. 489-493.

⁶⁰ En M. H. Benkheira, C. Mayeur-Jaouen y J. Sublet, *L’Animal en Islam*, pp. 74-75.

jarían animales tan necesarios, queridos y apreciados por los antiguos árabes como el camello, el caballo o el gallo. Sería necesario emprender un estudio más amplio sobre las obras aquí citadas, precisando cuántas de las *kunyas* nombradas tienen un valor metonímico o de otra especie cualquiera, para construir una teoría válida al respecto de la enorme abundancia de este fenómeno en la literatura árabe. Pero ello es empresa para otros días y otros ingenios que se sientan obligados por el ruego de Cervantes: “El linaje, prosapia y alcurnia queríamos saber” (*Quijote*, I, cap. XIII). ❖

Dirección institucional del autor:
Departamento de Lengua Española
Área de Estudios Árabes e Islámicos
Facultad de Filología
Universidad de Salamanca

Bibliografía

- BARBIER DE MEYNARD, A.-C., “Surnoms et sobriquets dans la Littérature Arabe”, tomado de *Journal Asiatique*, París, Imprimerie Nationale, 1907.
- BENKHEIRA, M. H., C. Mayeur-Jaouen y J. Sublet, *L'Animal en Islam*, París, Les Indes Savantes, 2005.
- BERNÁRDEZ, E., “Sobre la traducción de los kenningar y otros aspectos de la poesía escáldica”, *Filología moderna*, 68-70, 1981, pp. 223-240.
- CAETANI, L. y G. Gabrieli, *Onomasticon Arabicum*, 2 vols., Roma, 1915.
- CONTENAU, G., “De la valeur du nom chez les babyloniens et de ses conséquences”, *Revue de l'Histoire des Religions*, 81, París, 1920, pp. 316-332.
- DOUTTÉ, E., *Magie et Religion dans l'Afrique du Nord*, Argel, 1909.
- Encyclopaedia of Islam*, 2ª ed., Leiden, Brill, 1960-2002.
- FAHD, T., *La Divination arabe*, París, Sindbad, 1987, p. 455.
- FRAZER, J. G., *La rama dorada*, México, FCE, 1995, pp. 290 y 55.
- GARCÍA MOUTON, P., “Motivación en nombres de animales”, *Lingüística Española Actual* (LEA), 9, Madrid, 1987, pp. 189-197.
- GARCÍA-TEJEIRO, M., “Consideraciones sobre nombres descriptivos

- de animales, con especial referencia al nombre lituano de la culebra", *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología y Filología Clásicas*, 4, Tenerife, 1983, pp. 133-142.
- GOLDZIEHER, I., *Muslim Studies*, 2 vols., Londres, George Allen & Unwin, 1967-1971.
- HESS, J. J., *Beduinennamen aus Zentralarabien*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1912, p. 5.
- IBN AL-ATĪR, *Kitāb al-muraṣṣa'*, C. F. Seybold (ed.), *Ibn al Atīr's Kunja-wörterbuch betitelt Kitab al Murassa' erausgegeben*, Weimar, APA, 1896.
- IBN DURAYD, *Kitāb al-Iṣṭiqāq*, 'A.-S. M. Hārūn (ed.), Beirut, Dār al-Īl, 1991.
- KISTER, M. J., "Call yourselves by graceful names", *Lectures in memory of Professor Martin M. Plessner*, Jerusalem, Hebrew University, 1975, pp. 1-25.
- LANE, E. W., *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, trad. J. Sánchez Ratia, Madrid, Libertarias/Prodhuvi, 1993.
- LEVI DELLA VIDA, G., "Muhammad Ibn Habib's 'Matronymics of Poets'", *Journal of the American Oriental Society*, 62, New Haven, American Oriental Society, 1942, pp. 156-171.
- MARÇAIS, W., "L'euphémisme et l'Antiphrase dans les dialectes arabes d'Algérie", en Carl Bezold (ed.), *Theodor Nöldeke zum siebzigsten Geburtstag*, Gieszen, Orientalische Studien, 1906, pp. 425-438.
- , "Nouvelles observations sur l'euphémisme dans les parlers arabes maghrébins", (*Mélanges Isidore Levy*), *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, Bruselas, Université Libre de Bruxelles, 13, 1953, pp. 331-398.
- AL-MUNAJJID, S., "Une importante risāla de *Suyūṭī*", 48, Beirut, *Mélanges de l'Université Saint-Joseph de Beyrouth*, 1973-1974, pp. 341-354.
- AL-QALQAŠANDĪ, *Ṣubḥ al-aṣṣā*, Muhammad 'Abd al-Rasūl Ibrāhīm (ed.), 14 vols., El Cairo, Dār al-Kutub al-Jadīwiyya, 1331-1338/1913-1920.
- ROBERTSON SMITH, W., *Kinship and marriage in early Arabia*, Londres, Adam and Charles Black, 1907, pp. 217 y 55.
- ROSENHOUSE, J., "Personal names in Hebrew and Arabic: modern trends compared to the past", *Journal of Semitic Studies*, 47, Oxford, 2002, pp. 97-114.
- SAINTE FARE GARNOT, J., "Défis au destin", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* (BIFAO), 59, El Cairo, 1960, pp. 1-28.
- SCHIMMEL, A., *Islamic Names*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1997.

- SMAL-STOCKI, R., "Taboos on animal names in Ukrainian", *Language*, 26, núm. 4, 1950, pp. 489-493.
- SUBLET, J., "Nommer l'animal en arabe d'après un auteur du XII^e siècle", *Anthropozoologica*, núm. 39, Centre Nationale de la Recherche Scientifique, 2004, pp. 99-105.
- AL-TA'ĀLIBĪ, *Latā'if al-ma'ārif*, trad. ingl. C. E. Bosworth, *The Book of Curious and Entertaining Information*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1968.
- AL-TA'ĀLIBĪ, *Timār al-Qulūb*, Muḥammad Abū-l-Faḍl Ibrāhīm (ed.), El Cairo, Dār al-Ma'ārif, 1985.
- AL-ŶĀHIZ, *Kitāb al-Ḥayawān*, 'A.-S. M. Hārūn (ed.), 7 vols., Beirut, Dār Iḥyā' al-Turāt al'arabī, 1969, p. 324.
- , *Kitāb al-tarbī' wa l-tadwīr*, Ch. Pellat (ed.), Damasco, IFEAD, 1955.
- , *Libro de la cuadratura del círculo*, trad. al español P. Buendía, Madrid, Gredos, 1998, p. 116.
- , *Libro de los avaros*, trad. S. Fanjul, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1993, p. 113.